

De la *intimidat* neuronal al *toque místic*: sobre la necessitat terminològica de nomenar¹

JOAQUÍN GARCÍA PALACIOS
Universitat de Salamanca

Doctor en Filologia Hispànica

i professor titular del Departament de Traducció i Interpretació de la Universitat de Salamanca, del qual ha estat director durant cinc anys. Tant la seva docència universitària, com els cursos de postgrau impartits, i les conferències pronunciades en diversos fòrums, giren a l'entorn dels seus àmbits d'especialització: lexicografia, terminologia, lingüística, traducció i llengua espanyola. Així mateix les seves publicacions i els projectes de recerca en què ha participat se centren en qüestions relacionades amb el lèxic, bé des d'una aproximació històrica, bé des d'una perspectiva sincrònica. Actualment és membre de la Comisión Lingüística para la Terminología Española (COLTE), dins del projecte TERMINESP, i dirigeix diversos projectes sobre neologia especialitzada, i sobre les estratègies per a la regularització terminològica de l'espanyol, especialment en els camps de l'arxivística, la teledetecció i les neurociències.



Resum

Els exemples paradigmàtics de les terminologies de Ramón y Cajal i de Sant Joan de la Creu s'usen per a fer veure dues menes de terminologies adreçades a l'interior de l'ésser humà i que, malgrat les diferències notables que presenten, tenen tot un seguit de semblances. Serveixen a més per a demostrar com els camins més transitats per a la creació neològica en el discurs especialitzat són coincidents en èpoques diverses i transcorren en gran manera entre el vell i el nou, entre les denominacions anteriors i les noves possibilitats que ofereixen les llengües.

PARAULES CLAU: terminologia; neologia; neurociències; místicisme

Abstract

Ramón y Cajal and San Juan de la Cruz vocabularies are paradigmatic examples used to show two kinds of terminologies facing the inside of the human being. Both of them, despite their remarkable differences, have several similarities. Besides, they demonstrate how the most common ways used by the neologic generation to develop a specialized speech coincide throughout the History. They swing between past and present, between the old denominations and the new possibilities offered by the different languages.

KEYWORDS: terminology; neology; neurosciences; mysticism

TERMINÀLIA 0 (2009): 22-30
DOI: 10.2436/20.2503.01.3 · ISSN: 2013-6692

Resumen

Los ejemplos paradigmáticos de las terminologías de Ramón y Cajal y de San Juan de la Cruz se utilizan para hacer ver dos tipos de terminologías que se sitúan en dirección al interior del ser humano, las cuales, a pesar de las notables diferencias que se dan entre ellas, tienen una serie de similitudes. Sirven además para demostrar cómo los caminos más habituales para la generación neológica en el discurso especializado son coincidentes en las distintas épocas y transcurren en buena manera entre lo antiguo y lo nuevo, entre las denominaciones anteriores y las nuevas posibilidades que proporcionan las distintas lenguas.

PALABRAS CLAVE: terminología; neología; neurociencias; misticismo

1 Introducción

El mundo de la terminología suele apuntar hacia el exterior del ser humano, a lo que éste percibe, aquello a lo que se enfrenta. También hacia lo que éste ha producido: sus máquinas, las tareas con las que soluciona los pormenores de su existencia, con las que se procura alimento, con las que hace más fácil —o más complicada, según se vea— su vida, con las que entretiene su tiempo de ocio.

No es de extrañar por tanto que un sencillo recorrido por una página tan rica en terminología como es la que atesora la biblioteca virtual de léxicos y vocabularios especializados del Office québécois de la langue française, nos lleve por un camino que confirma nuestra suposición, pues apunta sobre todo hacia el exterior de la persona, a su relación con el mundo: el transporte, la blogosfera, el comercio electrónico, pero también el agua, el vino, el café, la vivienda, los zapatos. E incluso se acerca a lo que la persona desearía considerar como lo más ajeno a ella misma: la enfermedad.

Una línea que parece ser muy común en los centros que se dedican al trabajo con la terminología, como es el caso del TERMCAT. Por poner sólo un ejemplo: los 20 productos terminológicos que se ofrecen en su *Terminología oberta* en el momento de redactar estas páginas giran en torno a la alimentación (gastronomía, bebidas), el ocio (vacaciones, *snowboard*, videojuegos), las relaciones con el entorno (recursos humanos, energía, industria, Internet...), y las enfermedades como el sida.

Sin embargo, es posible aprovechar ese mundo de la terminología para hacer un recorrido distinto del habitual, y mirar en este caso hacia el interior. Un mundo mucho más desconocido, que parece que es lo que queda por descubrir en un mundo en el que todo está descubierto, en el que se dice que los lugares recónditos se han acabado.

Las figuras de Michelangelo Buonarroti esperaban pacientemente dentro del bloque de piedra a que el escultor las liberase. Pues bien, de la misma manera «aguardan en el seno de los seres vivos millones de células palpitantes que sólo exigen, para entregar su secreto, [...] una inteligencia lúcida y obstinada que las contemple, las admire y las comprenda». Sólo se requiere, como decía el sabio de quien estamos tomando prestadas las palabras, sentirnos «embelesados por el hechizo de lo infinitamente pequeño» (Cajal, 1923).

Un hechizo que guiaba también a Otto Jespersen hace ya más de cincuenta años, cuando, para entender en su totalidad la naturaleza del lenguaje, proponía no tener en cuenta sólo «la severa actitud de los hombres del día, educados científicamente, que consideran las palabras que usan como medios de comunicar y acaso desarrollar más el pensamiento», y acudir a las enseñanzas de quienes «sentían» el poder de la palabra sobre las cosas: los niños y los salvajes (1947, p. 214).

Para entender bien un campo cualquiera del conocimiento, para entender bien en nuestro caso, la termi-

nología, no podemos obviar ninguna vía, no podemos cerrarnos a ningún camino, sino abrirnos a todas las perspectivas desde las que puede accederse a la comprensión de los hechos.

Nuestro camino, esa vía que transcurre «entre la intimidación neuronal y el toque místico» —como dice el título de este artículo—, ha querido ser el de la emoción, pero al mismo tiempo el que observa la necesidad de comunicar como reto para la expresión. Algo que, como se verá tras el análisis de los hechos que vamos a comentar, está muy lejos de esas creaciones neológicas llamadas estilísticas o expresivas. En cambio, se encuentra plenamente centrado en las denominaciones nuevas que, como decía L. Guilbert (1975, p. 40), responden a «la nécessité de donner un nom à un objet, à un concept nouveau».

Vamos a seguir las enseñanzas de quienes han emprendido ese camino de la denominación por dos sendas diferentes. La primera de ellas, la de Santiago Ramón y Cajal, que se deslumbra ante la realidad del interior humano más recóndito, el de las células del cerebro y del sistema nervioso. La segunda, la de Juan de Yepes, más conocido como San Juan de la Cruz, quien observa el interior del hombre que se enfrenta a la realidad de sus sentimientos más profundos, al centro mismo de lo inefable.

Un hombre que vivió en la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del XX (1852-1934), y otro en la segunda mitad del XVI (1542-1591). Dos personas procedentes de realidades históricas y sociales muy distintas, ambos con trayectorias vitales muy intensas, que nos interesan en estos momentos no tanto por lo que hicieron en su vida, sino por el hecho de haber tenido que responder a unos retos denominativos de una gran magnitud si querían llevar a cabo los que pensaban que eran sus cometidos, y que en gran parte estaban relacionados con la comunicación.

Para Cajal fue la expresión del complejo entramado que estaba descubriendo con sus investigaciones en torno a la estructura de las neuronas y a la comunicación que se daba entre los elementos integrantes del sistema nervioso.

El sistema nervioso representa el último término de la evolución de la materia viva y la máquina más complicada y de más nobles actividades que nos ofrece la naturaleza. (Ramón y Cajal, 1899, p. 1.)

Para San Juan fue la comunicación de unas experiencias místicas, muy íntimas, en las que había llegado al conocimiento y la unión con la divinidad. Desde las líneas iniciales del prólogo de uno de sus primeros tratados, el de la *Subida del Monte Carmelo*, comenta:

Para haber de declarar y dar a entender esta noche oscura por la cual pasa el alma para llegar a la divina luz de la unión perfecta del amor de Dios cual se puede en esta vida, era menester otra mayor luz de ciencia y experiencia que

la mía, porque son tantas y tan profundas las tinieblas y trabajos, así espirituales como temporales, por que ordinariamente suelen pasar las dichas almas para poder llegar a este alto estado de perfección, que ni basta ciencia humana para lo saber entender ni experiencia para lo saber decir; porque sólo el que por ello pasa lo sabrá sentir, mas no decir. (San Juan de la Cruz, *Subida*, prólogo, 1.)

Ambos se enfrentaban a universos nuevos, que tenían que nombrar con una gran precisión, y para hacerlo tomaron una serie de decisiones que acercan mucho sus maneras de proceder. En primer lugar porque aprovecharon lo ya existente: en el plano conceptual, el estado anterior de los conocimientos; y en el plano léxico, los términos relacionados con sus campos con los que se encontraron, y que tuvieron que utilizar, modificar o rechazar. Y en segundo lugar porque se sirvieron de las posibilidades que les ofrecía el castellano, la lengua que consideraban como suya, para construir una terminología coherentemente estructurada.

Ante lo que acabamos de comentar, creemos que el análisis de esas dos experiencias denominativas puede servirnos para extraer consecuencias muy interesantes con una proyección clara hacia el momento actual.

2 El científico en su trabajo denominador

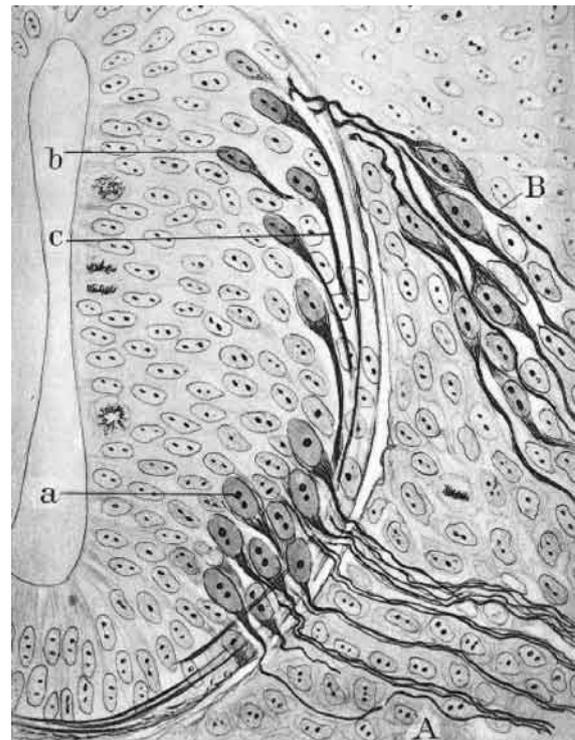
Vayamos con la primera de esas experiencias, la del científico que desde su laboratorio se enfrenta al descubrimiento de un hecho nuevo, y observa y se plantea la necesidad de poner nombre a los avances de su saber.

Santiago Ramón y Cajal tuvo una época especialmente productiva en sus investigaciones durante los cuatro años que pasó en Barcelona tras conseguir la cátedra de Histología en la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona (entre 1888 y 1892). De hecho él mismo llama a 1888 su «año cumbre», el de algunos de sus más importantes descubrimientos (*Recuerdos*, p. 400).

En esa época, y «con base en sus hallazgos» proclama:

Que cada célula nerviosa es una entidad aislada, que no constituye, pues, un continuo y que la transmisión de los impulsos nerviosos entre dos neuronas se hace por contacto entre las arborizaciones finales de los cilindros-ejes de una neurona y las arborizaciones iniciales de las dendritas de la neurona siguiente. Las dendritas estaban implicadas por tanto en función conductiva y el sistema nervioso dejaba de ser una red para convertirse en un conjunto de unidades discretas conectadas de manera múltiple y específica. La teoría celular adquiriría de este modo carácter universal. (Fernández Santarén, 2006, p. 39.)

Una teoría nueva basada en la que Cajal llamó insistentemente la «nueva verdad», la libertad e independencia de la célula nerviosa, con la que puso los pilares de las actuales neurociencias y las pruebas objetivas



© Archivo de Fisiología, vol. V, fasc. 1 (1907)

de lo que se llamó *neuronismo*; y con la que consiguió además que se desterrase, no sin grandes reticencias, la teoría del reticularismo de Gerlach, imperante hasta esos momentos. Demostró que las neuronas se comunicaban por contigüidad y no por continuidad formando una red, como se creía hasta entonces.

Los continuos avances en su investigación iban a un ritmo mucho más rápido que las publicaciones científicas del momento. Y tal era su necesidad de comunicar con otros científicos, especialmente extranjeros, que pudiesen confirmar los resultados obtenidos, que él mismo decidió editar y costear una revista, de tirada muy reducida (tan solo 60 ejemplares), para poder llegar más lejos y más rápido. Así nació la *Revista Trimestral de Histología Normal y Patológica*.

Los textos procedentes de esa revista, y otros que escribió también en torno a esos cuatro años barceloneses, nos tienen que permitir observar cómo esa necesidad en la comunicación se pone de manifiesto igualmente en el tratamiento que Cajal hace de la terminología. Es un momento fundamental en el que necesita el término preciso que dé cuenta perfectamente de su hallazgo. Y en esos textos podemos observar cómo lo busca insistentemente. No le sirven titubeos, y con una pluma tan buena para la escritura como para los dibujos que acompañan a sus escritos, da vueltas a la lengua para extraer de ella todo lo que ésta puede ofrecerle; le facilita los recursos para una descripción que intenta ser muy detallada:

La mayor parte de estas expansiones son *varicosas* y *conoideas*; disminuyen sucesivamente de diámetro y se ramifican repetidamente hasta acabar en *punta roma* o *pequeña varicosidad* (fig. 2, f). En ciertas células, existen *penachos* de

ramas protoplásmicas como *ensortijados*, que parecen aplicarse sobre células próximas. (Ramón y Cajal, 1891, p. 7, la cursiva es nuestra.)

Dice un poco más adelante en el mismo artículo:

Alguna vez dos expansiones se adhieren *tan íntimamente* que se dirían anastomosadas (fig. 1, f); no obstante, no nos atrevemos todavía a dar estas uniones por reales comunicaciones sustanciales, pues pudieran ser casos de *contactos longitudinales sumamente íntimos*. (La cursiva es nuestra.)

En sus textos la descripción pormenorizada clarificadora se mezcla con la terminología creada por él y con los términos que acepta de los descubrimientos de su especialidad ya asentados. Así, en un apartado de su librito *Neuronismo o reticularismo?* (p. 69) titula la sección 7 del apartado VII «Fibras trepadoras o conexiones axo-dendríticas longitudinales. Conexiones axo-dendríticas por engranaje». Y añade a continuación:

El ejemplo más típico es el de las *fibras trepadoras* que *serpentean como lianas* a lo largo de la *arborización dendrítica* de las *células de PURKINJE*. Descubiertas por nosotros en el cerebelo de las aves en 1881. (sic)

Términos que le interesan por su precisión, y que atribuye siempre a quienes primero los usaron, cuando en algún caso podría haber recelado de unas denominaciones que se atribuyeron a otros cuando el gran mérito del descubrimiento debería haberle otorgado ciertas prebendas para su denominación. Es muy significativo al respecto el caso de *sinapsis*, término que creó Sherrington en 1897 a partir de formantes cultos para dar nombre a un concepto profundamente cajaliano.

No hemos podido encontrar todavía el texto en que Cajal lo utiliza por primera vez. De hecho en la conferencia que dio en Estocolmo en 1906 cuando le entregaron el Premio Nobel se refiere constantemente al concepto (el título de su conferencia es «Structure et connexions des neurones») pero no usa ninguna vez el equivalente francés de esa palabra o algún derivado de la misma. Sin embargo habla repetidas veces de «contacto muy íntimo», «conexiones íntimas» o «conexión por contacto» (Ramón y Cajal, 1907).

Hasta ahora, en nuestro estudio sobre la terminología de Cajal, hemos podido observar cómo utiliza el término *sinapsis* sin ningún tipo de reticencia en textos posteriores a los años veinte (por ejemplo aparece en 20 ocasiones en el texto de 1933 que aparece en la bibliografía), y, lo que es para nosotros más importante, hemos podido rastrear el proceso denominativo anterior en el que Ramón y Cajal va alternando determinadas formas para referirse a ese contacto que se produce entre unas neuronas y otras para la comunicación entre ellas. Si tomamos como ejemplo unas conferencias de 1892 (Ramón y Cajal, 1893) encontramos que repetidamente habla de «contacto» (más

o menos «íntimo») y, mucho más todavía, de distintos tipos de «conexión». Podemos leer también que las fibrillas nerviosas están «íntimamente conexas». No dudamos que estamos ante denominaciones imperfectas, que no tienen la rotundidad de la posterior *sinapsis*, pero que, curiosamente, son mucho más expresivas, y mucho más transparentes. Características que perdieron en la denominación proveniente del griego a través del inglés.

La consciencia de Cajal ante el hecho denominativo y ante la trascendencia del término que utilice es clara. A cada página que estudiamos volvemos a constatar esa consciencia, cómo elegía los términos no sólo por lo que indicaban, sino también porque no quería que sugiriesen lo que todavía no estaba demostrado. Camilo Golgi llamaba a las ramas colaterales del axón *células motrices*, pero, dice Cajal: «yo (las) bauticé, para no prejuzgar su fisiologismo, *elementos de axón largo*» (hay que decir que Cajal las había encontrado tanto en centros nerviosos sensitivos como motores). Y, de la misma manera, se refiere a unas células «consideradas arbitrariamente como sensitivas por Golgi y que yo calificué de *células de axón corto*» (Cajal, *Recuerdos*, p. 412). Unas páginas más adelante (p. 427) vuelve a repetir el razonamiento y señala una terminología dicotómica: «*células de axón largo*» vs. «*células de axón corto*».

Todavía tenemos que avanzar en nuestro estudio para poder dar cuenta de la trascendencia de la terminología de Cajal y de la estructura de la misma. Baste señalar por el momento la riqueza de recursos que aparecen en sus textos, y la importancia de muchos términos como *terminaciones en zarzal* o *conexiones por engranaje*, con independencia de que hayan tenido, o no, continuidad en la terminología del sistema nervioso. Los conceptos que designan, según señalan repetidamente los expertos en esta área, sí lo hicieron.

Sin embargo, a pesar del reconocimiento internacional que tuvieron los estudios de Ramón y Cajal, a pesar de elogios tan importantes como los que recibió de algunos de los científicos más reconocidos del momento, como Kölliker o Sherrington, que sintieron la necesidad de aprender español para leer directamente sus estudios, a pesar de que la concepción de su saber estuviese sólidamente afianzada en pruebas objetivas, a pesar de que su línea de investigación se aceptase y fuese seguida por la ciencia moderna, a pesar de que la suya fuese una terminología motivada y perfectamente construida... A pesar de todo ello, la mayor parte de sus denominaciones no ha perdurado.

Pero parece que, de la misma manera, el español no ha perdurado como lengua para la comunicación científica, y el neurocientífico hispanohablante tiene ahora serias dificultades para producir en su lengua, con los consiguientes problemas para aprovechar suficientemente los recursos que la lengua le brinda para construir denominaciones bien formadas, que expresen con facilidad el concepto nuevo a que ha llegado a través de su investigación.

3 La denominación de lo inefable

El segundo caso que quiero comentar, la segunda experiencia que quiero traer aquí para considerar una serie de aspectos que contribuyan a nuestra exposición, es la del místico. Igual que en el caso del científico, hemos elegido un ejemplo de primera fila, posiblemente uno de los más representativos que podíamos encontrar.

Juan de Yepes, Juan de la Cruz, nombre como carmelita descalzo por el que se le conoce tanto como místico y como poeta, vivió algo menos de 50 años en la segunda mitad del siglo XVI, en plena contrarreforma, aunque en muchos aspectos de su concepción humanística se encontrase un tanto de espaldas a unos planteamientos que cada vez eran más conservadores. Cuestiones históricas e ideológicas importantes sin duda, pero que para nuestros objetivos de este momento tienen una importancia secundaria.

Algo muy distinto a lo que ocurre con la necesidad imperiosa de comunicación que San Juan de la Cruz hace ver ante el descubrimiento del importante conjunto de experiencias que tiene en su relación con la divinidad.

A pesar de ver claramente que son cosas que no pueden expresarse: «Totalmente es indecible lo que el alma conoce y siente en este recuerdo de la excelencia de Dios» (LlamaB,4,10); o que no tiene la preparación necesaria para hacerlo (algo que por cierto suena más a tópico literario que a cualquier otra cosa) «veo claro que no lo tengo de saber decir», como comenta en el cuarto libro de la Llama (LlamaB,4,17). Guiado por la necesidad de comunicación, y sin importarle su supuesta poca preparación o la naturaleza de lo que quiere hacer partícipes a sus lectores, emprende una escritura para la que utiliza dos medios distintos. En primer lugar la comunicación total, mucho más plena, a través de la poesía, que le permitirá transmitir lo que en realidad considera inefable. Los símbolos de la noche, la llama, o la subida, se convierten entonces en excelentes aliados. Y, en segundo lugar, la escritura de una serie de tratados doctrinales en los que pretende explicar, de una manera que se vuelve didáctica en muchas ocasiones, lo que a él le ha ocurrido. Y es ahí donde la estructuración de una terminología coherente adquiere todo su sentido: dos procesos de conocimiento, que son dos cadenas referenciales dinámicas en torno a las cuales se estructura un conjunto complejo de unidades terminológicas, perfectamente construido.

El camino de la poesía, que a veces se ha podido ver incluso como de carácter erótico, queda en estos momentos lejos de nuestros objetivos, por lo que no lo vamos a tratar.

Los textos en los que nos basamos son las obras completas de Juan de la Cruz:² un número bastante reducido de poemas, y una serie de tratados con los que intenta explicar su experiencia mística. En estos últimos, como ya hemos dicho, es en los que va construyendo una terminología. Guiado por una necesidad de exactitud, va luchan-

do con las palabras en una actitud «nada ajena a los planteamientos de quien está empeñado en la creación de un lenguaje técnico» (García Palacios, 1992, p. 221).

Pero expliquemos brevemente en qué consiste su aventura. San Juan de la Cruz distingue a grandes rasgos dos procesos de conocimiento: un proceso natural por el que se accede al conocimiento de las cosas exteriores e interiores, y un proceso sobrenatural, por el que puede llegarse al conocimiento de la divinidad, e incluso a la unión con ella.

El conjunto de saberes propios de su época le proporciona los materiales para poder describir un proceso natural que parte de los sentidos externos o de los internos, y que de ahí llega a las denominadas *potencias cognitivas*: entendimiento, memoria e imaginativa. En este caso, en el que el objeto es sensible, su terminología es deudora de la tradición, algo que hemos podido comprobar al contrastarla con otros escritos de carácter religioso (desde la Biblia hasta los textos de sus coetáneos), o con otros de índole muy distinta (textos médicos del Renacimiento y de la Edad Media, por poner sólo un ejemplo). Eso es lo conocido, y lo único que hace en esos casos es reflejar la terminología filosófica al uso.

Sin embargo, donde Juan de la Cruz tiene dificultades para explicarse es en una esfera cognitiva distinta: es otro tipo de conocimiento, muchísimo más complejo, que comparte unas líneas generales con el proceso natural (y de ahí que la terminología que utiliza la construya en parte a partir de ese modelo), pero que por otro lado es completamente diferente: ha cambiado el objeto del proceso cognitivo, que ya no tiende hacia lo sensible, sino que ahora se dirige hacia Dios, y lo que nos encontramos entonces es con un conocer al que se accede —paradójicamente— no sabiendo, con una percepción que no requiere actividad, y que llega con la simultaneidad de todos los sentidos; el conocimiento se produce entonces con la colaboración de un elemento que no interviene en la aprehensión ordinaria: el amor. De hecho, los escritos del santo carmelita se sustentan en dos ejes que en realidad son uno solo: la progresión en el amor o, lo que es lo mismo, la progresión en el conocimiento.

Para explicar todo eso lo que encuentra son, según sus palabras, vocablos «bajos y cortos y en alguna manera impropios». Por lo cual tendrá que trabajar con el material que tiene y con él elaborar una terminología perfectamente estructurada, en la que cada término tenga un significado preciso, que permita identificar y relacionar correctamente el concepto a que se refiere. San Juan dispone de una terminología filosófica que designa el proceso natural de conocimiento, una tradición escolástica que le proporciona una base bastante sólida. Pero todo eso le resulta insuficiente, y tendrá que recurrir a otras fuentes que pueden proporcionarle lo que necesita: una tradición neoplatónica relacionada fundamentalmente con el Pseudo Dionisio Areopagita y San Agustín, y que vemos reflejada también en escri-

tos de Marsilio Ficino, Pico della Mirandola, o de otros escritores del humanismo italiano; bebe también de otros escritores españoles anteriores a él como Francisco de Osuna o Diego de Estella; e incluso tiene algunas influencias de los místicos renano-flamencos, o de la mística sufi. Es la necesidad denominativa la que le lleva a transitar por caminos que al final desembarcarán en una reelaboración propia en función de las necesidades y en la adecuación de un material léxico que tiene que servir para nombrar lo que se necesita, algo que en algunos casos Juan de la Cruz reconoce como inefable.

Una palabra vulgar, como *noticia*, es uno de los términos clave de los textos sanjuanistas. Su uso está basado en el significado que esa unidad léxica tenía en su tiempo. Sin embargo, esa unidad sin más no le ofrece todas las posibilidades que San Juan necesita, por lo que se servirá de un recurso utilizado habitualmente para la generación de neologismos terminológicos: la sintagmación. Lo que se producirá entonces es la asignación a través de los textos de constantes definiciones y explicaciones que delimitarán convenientemente su significado. Ese proceso de construcción de verdaderos compuestos sintagmáticos que adquieren carácter terminológico en sus textos, le llevará a poder distinguir entre *noticias particulares* y *noticia general* (*noticia de Dios*) o *noticia de contemplación*, entre *noticias aprehensibles*, *noticias intelectuales* y *noticias discursivas*, entre *noticia oscura* y *noticia amorosa*, que es «noticia clara de Dios».

Y lo mismo sucede con los distintos tipos de *aprehensiones*. La lengua le brinda el término con su significado de ‘lo que el entendimiento o la memoria reciben de los objetos’, pero para sus propósitos precisa distinguir claramente los conceptos, y así hace una tipología de las aprehensiones basada en una estructura dicotómica coherente y equilibrada: las *aprehensiones del entendimiento* pueden ser «naturales» o «sobrenaturales». Las primeras provienen de los «sentidos externos» o de los «internos». Las segundas pueden ser «corporales» o «espirituales». Y así prosigue, y va explicando su minuciosa clasificación.

Veamos, finalmente, qué sucede en algunos de los casos en los que se está acercando más a lo inefable, y en los que lo que comunica lo hace con la sensación de haber caído en la imperfección. «No hay vocablos —dice— para declarar cosas tan subidas de Dios como en estas almas pasan». Las palabras no existen, por lo que habrá que crearlas. Lo que hace entonces nuestro hombre no es sino seguir un recurso que la lengua le brinda: en el discurso, en los textos, carga a una forma de palabra preexistente de un nuevo significado. *Toque*, un ejemplo muy representativo de lo que queremos decir, remite únicamente a los estadios más elevados de la unión mística. Aprovecha el significado que la palabra tenía de ‘acción de tocar’ o el ‘hecho de que una persona o una cosa esté en contacto con otra’, para remitir ahora a la ‘acción de Dios sobre el alma’: una acción que es de traspaso de conocimiento y de comu-

nicación de amor, una acción que se caracteriza como «fuerte e impetuosa» a la vez que «delicada». Lo que ha hecho ha sido partir del sentido que tenía el *tactus latino*, que en alguna ocasión en que traduce una cita bíblica ha convertido en la forma que era por entonces más habitual: *tocamiento*. Y le da un significado nuevo, que posiblemente recoja algunos aspectos de la tradición mística en que San Juan se inscribe, pero en definitiva lo que hace es conseguir una nueva unidad con un significado técnico que adquiere su verdadero sentido únicamente dentro de los textos de carácter especializado en los que se ha producido.



© Monasterio de la Encarnación, Avila

En el discurso va generando una serie de términos que nacen plenamente con la voluntad de precisión del especialista, pero que a la par se acompañan de los elementos necesarios para explicarlos y conseguir transmitir su significado a quienes no han podido llegar tan lejos como él en la vía espiritual.

En la construcción terminológica que lleva a cabo no se contenta San Juan con descargar toda la responsabilidad en los sustantivos. Los nombres soportan en efecto la mayor carga significativa, pero en el léxico analizado podemos observar cómo esa necesidad y esa capacidad de precisión, se manifiestan también en todo un sistema verbal que transcurre en paralelo a las unidades terminológicas nominales. *Comunicar*, *gustar*, *meditar*, *oír*, *contemplar*, *entender*, *sentir*, *saber*, *conocer* son términos del ámbito y palabras clave de los escritos del carmelita al igual que los nombres correspondientes. Y, de la misma manera que en los otros casos, encontramos la formación de nuevos términos con un proceso de sintagmación terminologizadora (si se nos permite la expresión): *entender distintamente* o *entender acabadamente* producen unas denominaciones técnicas que van más allá de la simple determinación

adverbial. Son nuevos términos que en buena medida se apartan de la forma simple *entender* la cual, no obstante, tiene también un sentido trascendente en algunos de los contextos en que aparece.

4 Los elementos comunes

Los ejemplos que surgen tras repasar las experiencias denominadoras de Ramón y Cajal y Juan de la Cruz son numerosos y esclarecedores. Son dos casos que, sin ninguna duda, podemos ver como paradigmáticos para la consideración de la terminología en su esencia. Esencia que, como hemos visto, gira en torno a la búsqueda de denominaciones monorreferenciales, de las mejores formas de palabra para los significados adecuados. Una esencia que en parte nos remite a una tradición y en parte a la novedad a que conducen los avances en el saber.

Como nos han mostrado nuestros datos, y como han puesto de manifiesto los distintos estudios que últimamente se han hecho sobre el papel de la metáfora y la analogía en la construcción de distintos universos terminológicos (Richardt, 2004), es difícil que una terminología se construya de la nada. El estado de los conocimientos sobre la célula que había en las dos últimas décadas del siglo XIX proporcionó a Cajal una base sobre la que construir su nueva terminología. La tradición escolástica bañada con un tinte de neoplatonismo le prestó a San Juan los útiles para trenzar un universo místico particular.

A partir de ahí fueron el trabajo con la estructuración de un universo conceptual, y la minuciosidad de una expresión elaborada y cuidada, los que condujeron a esas terminologías bien construidas en las que no hay concesiones a la incoherencia. En la base de su hacer están sin duda una excelente formación como expertos y una capacidad considerable para modelar la lengua en función de sus necesidades. Algo que pueden conseguir con una lengua que sienten como suya, a la que admiran y miman.

Sin querer jugar a imposibilidades, parece oportuno preguntarnos cuando menos si su expresión hubiese sido la misma si Cajal hubiese escrito en francés y San Juan en latín, las lenguas que en sus momentos respectivos desempeñaban de alguna manera el papel de *lingua franca* para la comunicación internacional; si los términos creados tendrían la misma transparencia y si, como dice Luis Fernando Lara (2006, p. 59), se produciría la «obstaculización a la imaginación creadora de los propios científicos».

5 Conclusiones

En estas pinceladas por la terminología que hemos dado en las páginas anteriores, en esta aproximación hecha mirando hacia el interior, tendríamos que salir y

plantearnos ahora, como parece lógico, las terminologías en cuanto resultados de una actividad terminográfica, en cuanto sombras visibles de los términos, como sombras estructuradas de esos nudos fundamentales de la comunicación especializada que son las unidades terminológicas.

Vendría entonces la reflexión sobre qué tipo de sombras debe (y puede) proyectar quien hace terminología: ¿la sombra fiel que intenta copiar el modelo?, ¿o la sombra rebelde que se independiza de éste, como ocurriría con los cuadros de una reciente exposición que representaban la sombra que adquiriría vida propia en las vanguardias?³

Y seguirían más adelante esas preguntas tan interesantes sobre qué hacer, sobre cómo reflejar en una terminología una realidad cambiante, la del científico que ve como avanza el universo que va descubriendo, al que se va enfrentando y va poniendo nombre; o sobre cómo reflejar la del místico, la del poeta esencial, que construye una terminología de su propio mundo, pero siguiendo un proceso semejante.

Podríamos plantearnos también, pero vamos a dejarlo para otro momento, cómo reflejar la terminología que no sólo plasma lo intrínseco, lo esencial, sino que se carga además de connotaciones, quizás como parte de su significado. Qué tenemos que hacer entonces en uno de esos léxicos especializados cargados de moral (o de falta de ella) como los de la economía, ¿transmitir en las definiciones lo que es sobre todo connotación, o intentar el imposible que muchas veces supone el distanciamiento de quien redacta una definición?

La terminología es un gran reto, un reto hermoso. Un reto que he intentado reflejar en parte en el espacio reducido de estas líneas. He querido trasladar a los lectores de estas páginas que la terminología puede ser emoción, puede estar lejos de ese universo frío de los datos que a veces queremos retratar con la frialdad del notario, que nunca debe opinar. Pero el terminólogo opina aunque no quiera, cuando propone aceptar un término, o cuando rechaza el que no cree conveniente, cuando saca una lanza por su lengua, cuando se abre a otras lenguas, o cuando muestra cierta cerrazón. El terminólogo tiene ideología, y en su mundo siente amores y odios, tiene querencia a una escuela. Siente, sobre todo siente, y deja posos de ese sentimiento en la obra que realiza.

La terminología es tratar con palabras, con unidades vivas, con voces renqueantes que tienen la posibilidad de adquirir una nueva vida, o voces adolescentes que con fuerza luchan por hacerse un hueco en una materia determinada... Es retratar la sombra de las palabras y proponerlas con un objetivo...

He querido recuperar la poesía para un mundo al que generalmente se le despoja de ella, y se le sitúa en el ámbito de la frialdad. Un mundo que puede (y debe) tratarse con el rigor del conocimiento, pero también, y no de manera excluyente, desde el prisma de la emoción.

Un conjunto estructurado de textos, un hacer terminológico, los principios básicos de la terminología, y dos especialistas de procedencia muy diversa, nos ha llevado a todas las consideraciones anteriores.

Ahora, a modo de conclusión, quiero esbozar dos ideas que me parecen especialmente importantes:

a) Cómo los procesos y procedimientos de generación terminológica se repiten de unos campos a otros, de unos momentos a otros, y cómo la historia de la lengua y las consideraciones diacrónicas no pueden estar lejos de los estudios terminológicos, pues la terminología nueva se construye sobre la antigua, de la misma manera que no puede entenderse el arte moderno sin tener en cuenta las pincladas de Goya, Turner o Velázquez.

b) Cómo no podemos simplificar los hechos en lo que se refiere a representación y comunicación de la ciencia, y cómo cualquier lengua de cultura, cualquier lengua con el desarrollo conveniente, es apta para la representación y la comunicación del conocimiento científico.

«Si me preguntan por qué escribo en catalán» —decía Monserrat Roig (1982, p. 30) poco antes de morir, a principios de los años 90—, «se me ocurren tres razones: primero, porque es mi lengua; segundo, porque es una lengua literaria y, tercero, porque me da la gana. Mi lengua es una lengua que me sirve».

Si me preguntan (digo ahora yo parafraseando sus palabras) por qué quiero que los artículos científicos o las conferencias se puedan hacer en español, se me ocurren, en paralelo, tres razones: porque es mi lengua, y por tanto en la que mejor puedo expresarme; segundo, porque es una lengua de cultura; y, tercero, porque cualquiera tiene el derecho de no ver coaccionadas sus posibilidades de expresión en una lengua determinada.

Mi lengua es una lengua que me sirve y sirve perfectamente para expresar universos cognitivos complejos, como han demostrado los dos casos que acabamos de comentar.

Recordaba don Santiago Ramón y Cajal en su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales lo siguiente:

M. Billings, sabio bibliotecario de Washington, agobiado por la tarea de clasificar miles de folletos, en donde, con diverso estilo, dábanse á conocer cuasi los mismos hechos, ó se exponían verdades ya de antiguo sabidas, aconseja á los publicistas científicos la sumisión á las siguientes reglas: 1: tener algo nuevo que decir; 2: decirlo; 3: callarse en cuanto ya se ha dicho. (Ramón y Cajal, 1897, p. 77.)

Por tanto, como ya hemos dicho lo que pretendíamos, lo mejor será poner el punto final a este artículo y dar las gracias al lector que ha tenido la paciencia de llegar hasta aquí. ✿

Bibliografía

- FERNÁNDEZ SANTARÉN, Juan (2006). «Introducción». En: RAMÓN Y CAJAL, Santiago (1923). *Recuerdos de mi vida*. Barcelona: Crítica, p. 9-78.
- GARCÍA PALACIOS, Joaquín (1992). *Los procesos de conocimiento en San Juan de la Cruz*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- GUILBERT, Louis (1975). *La créativité lexicale*. Paris: Librairie Larousse.
- JESPERSEN, Otto (1947). *Humanidad, nación, individuo*. Buenos Aires: Revista de Occidente Argentina.
- JUAN DE LA CRUZ, San (1982). *Obras completas*. Madrid: Ed. de Lucinio Ruano de la Iglesia, BAC.
- LARA, Luis Fernando (2006). «Diversidad cultural y neología». En: CABRÉ, M. Teresa et al. (ed.). *La terminología en el siglo XXI*. Barcelona: Universitat Pompeu Fabra. Institut Universitari de Lingüística Aplicada, p. 53-61.
- LÓPEZ PIÑERO, José M. (2006). *Ramón y Cajal*. València: Publicacions de la Universitat de València.
- RAMÓN Y CAJAL, Santiago (1891). *Pequeñas contribuciones al estudio del sistema nervioso*. Barcelona: Imprenta de la Casa Provincial de Caridad.
- RAMÓN Y CAJAL, Santiago (1893). *Nuevo concepto de la histología de los centros nerviosos*. Barcelona: Imprenta de Henrich y C. en comandita, Sucesores de N. Ramírez.
- RAMÓN Y CAJAL, Santiago (1897). *Fundamentos racionales y condiciones técnicas de la investigación biológica* (Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, 5 de diciembre de 1897). Madrid: Imprenta de L. Aguado.
- RAMÓN Y CAJAL, Santiago (1899). *Textura del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados*. Madrid: Imprenta y librería de Nicolás Moya.
- RAMÓN Y CAJAL, Santiago (1907). «Structure et connexions des neurones». *Archivio di Fisiologia*, noviembre 1907, p. 1-25.

De la *intimidación* neuronal al *toque* místico: sobre la necesidad terminológica de nombrar
Joaquín García Palacios

RAMÓN Y CAJAL, Santiago (1923). *Recuerdos de mi vida*. Barcelona: Crítica, 2006. [Ed. J. Fernández Santarén].
RAMÓN Y CAJAL, Santiago (1933). «¿Neuronismo o reticularismo?» *Archivos de Neurobiología*, tomo XIII.
Madrid: Imprenta Góngora.
RICHARDT, Susanne (2004). *Metaphor in languages for special purposes*. Frankfurt: Peter Lang.
ROIG, Montserrat (1992). *Dime que me quieres aunque sea mentira*. Barcelona: Península.

Notas

1. El origen de este artículo es el texto «Terminología y poesía», que preparamos como conferencia inaugural de la VIII Escola d'Estiu de Terminologia (6 de julio de 2009). Vaya desde aquí nuestro agradecimiento al IULA y a la UPF por invitarnos a dar esa conferencia.
2. Citamos por la edición de las *Obras completas de San Juan de la Cruz* realizada por Lucinio Ruano de la Iglesia (1982).
3. *La sombra*. Museo Thyssen-Bornemisza y Fundación Caja Madrid. Madrid, febrero-mayo 2009.